

CAPÍTULO I



Repique de campanas

La noticia de que se acababa la guerra la trajo a Rebollosa un muchacho de Montejo de Tiermes, una calurosa mañana de domingo de primeros de septiembre de 1813, justo a la hora en que la gente salía de misa. Solemnes en sus ropas de fiesta, los vecinos del minúsculo pueblo lo vieron llegar corriendo, sudoroso y casi sin aliento, haciendo aspavientos con los brazos levantados por encima de su cabeza.

- ¡Me manda el señor alcalde de Montejo a avisarles de que ya se terminó! —explicó el zagal entre sollozos de alegría— ¡Que hemos derrotado a los franceses en un sitio que se llama San Marcial, el último día de agosto, y que se han ido todos por donde vinieron! ¡Dicen que apenas queda ya alguno por cruzar los Pirineos!

Al escuchar aquello el pueblo entero se puso a chillar y a lanzar vítores, a dar saltos y a abrazarse los unos a los otros, a aplaudir y a dar palmadas en la espalda al portador de tan gratas novedades, quien reía alborozado en el centro justo del jolgorio. Alguien le arrió una bota de vino al muchacho y éste, agradecido, le pegó un prolongado tiento. No quiso entretenerse después por más tiempo, ya que llevaba recado de dar también aviso en el cercano Pedro, por lo que satisfecha

la sed y recuperado el resuello el chico salió trotando de nuevo por la calleja abajo. Aún no se había posado en el suelo el polvo que habían levantado sus abarcas cuando ya estaba don Andrés, el cura del pueblo, tañendo las campanas de la iglesia, volteándolas con tanta fuerza que casi parecía que fueran a salir volando.

Allá por donde iba pasando la buena nueva la escena se repetía, con distintos protagonistas pero con idéntico regocijo. Pronto los cielos de toda la comarca se estremecieron con el estruendoso repicar que salía de docenas de campanarios, uniéndose a los que en toda España, de norte a sur, celebraban la tan esperada victoria. Su grave sonido espantaba a aves y bestias, pero llenaba de un gozo inconmensurable a los humildes moradores de aquellas tierras. Lo cierto era que, lejos de allí, la contienda proseguía, que en torno a la frontera todavía se registraban combates, y que no sería hasta finales de octubre cuando la mayor parte de las tropas francesas que quedaban en España, perseguidas por británicos, portugueses y españoles, atravesaran los Pirineos en sentido contrario al que lo habían hecho en 1808. Después de eso aún quedarían batallas por librar sobre suelo galo, y muchos que en aquel septiembre vivían regarían la tierra con su sangre antes de que acabara marzo, pero para aquellos que en esos momentos escuchaban doblar las campanas, era cierto: la guerra se había acabado.

En el pequeño pueblo de Rebollosa de Pedro no había habido lucha digna de tal nombre, poca resistencia podían oponer un puñado de labriegos y pastores a las huestes invasoras, pero eso no significaba que la guerra hubiera pasado por allí sin dejar huella. Durante cuatro largos años, los forrajeadores de los ejércitos napoleónicos habían ido de pueblo en pueblo requisando animales y provisiones para dar de comer a sus soldados, sin importarles el hambre, la miseria y en ocasiones la muerte que dejaban atrás. Lo mismo habían hecho los españoles y sus aliados portugueses e ingleses, quienes también esquilaban cuanta villa o aldea encontraban a su paso, aunque en su caso la indiscriminada rapiña

tuviera el fin último de que España recuperase la libertad y la independencia perdidas. Estos, los españoles, les decían a los aldeanos que cada oveja y cada saco de trigo que les entregaban servían para acercar un poco más la derrota de los odiados “gabachos”, y también que pronto volvería el verdadero rey y que todos verían muestras de su agradecimiento por su lealtad a la patria, pero por si acaso aquellos argumentos no les convencían para ceder de buen grado el sustento —de todos es bien sabido que los estómagos vacíos no entienden de libertades, reyes o patrias—, acompañaban la explicación con la poco sutil amenaza de las armas. A nadie podía extrañarle, por tanto, que hubiera quien opinase que la única diferencia entre los militares franceses y los españoles era que los segundos sonreían más al robarles.

Las campanas ya habían sonado así en la comarca un año antes, también en el mes de septiembre, cuando se supo que las tropas francesas habían sido expulsadas por fin de la ciudad de Soria. Los meses transcurridos desde entonces habían sido algo mejores, dado que la lucha iba quedando cada vez a mayor distancia, aunque nunca se había perdido del todo el temor a que retornasen los franceses, a que en una nueva campaña recobrasen terreno y de nuevo los tuvieran allí. Mas ahora, al fin, ya se podía creer que no iba a suceder tal cosa, que se había acabado el miedo, que quedaban atrás para siempre los penares de la guerra y que ni unos ni otros volverían para amargarles la existencia. Eso era lo que escuchaban aquellas gentes sencillas en el repicar de las campanas, y por eso lo celebraban a voz en grito, dando gracias a Dios por haberles permitido llegar a ver tan gozosa fecha.

Como en cada rincón del país, a partir de ese día los habitantes de Rebollosa de Pedro comenzaron a mirar hacia los caminos, no con la aprensión y el temor de ver a lo lejos la polvareda levantada por las caballerías y las botas de los soldados, sino con la esperanza cierta de poder contemplar el regreso de aquellos jóvenes que, a lo largo de los años, habían ido marchando para unirse al ejército español o, en su defecto, a alguno de los

numerosos grupos guerrilleros que acosaban al enemigo a lo largo y ancho de la Península. De Rebollosa habían partido en ese tiempo un total de siete mozos, que podrían parecer pocos, pero que en realidad eran muchos para un pueblo tan pequeño como aquel, en cuyas veinte casas moraban antes de la guerra apenas ciento treinta almas entre adultos y niños. Al menos una tercera parte de las familias aguardaban ahora el retorno de un hijo, y no había nadie en el lugar que no fuera familiar o amigo de alguno de ellos.

Los dos primeros regresaron muy pronto, apenas iniciado el nuevo año de 1814, orgullosos en sus ajados pero aún vistosos uniformes del Batallón Ligero de Soria, lamentando tan sólo haber tenido que devolver al licenciarse las armas con las que esperaban haber presumido a la vuelta. En verdad Tomás y Mateo, que así se llamaban, habían sido de los últimos en irse y no habían conocido lo peor de la guerra, aunque sí que habían llegado a tiempo de participar —o al menos eso aseguraban— en la liberación de la ciudad de Soria, y no les faltó ocasión de alardear de sus hazañas ante sus embelesados vecinos.

A Ginés lo trajeron a finales de abril, con la guerra ya definitivamente terminada, montado en una mula y sin uniforme de ninguna clase, pero con media pierna de menos, amputada a causa de una herida infectada según explicaron los hombres que lo acompañaban. Lo peor era que, al parecer, venía también con la cabeza ida. Al contrario que los dos mozos que le habían precedido, Ginés no quiso o no pudo contar nada de cuanto le había sucedido. De hecho prácticamente no hablaba nunca y, cuando lo hacía, jamás pronunciaba más de un par de palabras seguidas. En ocasiones se le veía deambular por el pueblo apoyado en las mismas muletas de madera que había traído con él, agitando la cabeza de un lado a otro como si estuviese alucinado, sin responder a los saludos de sus vecinos, hundido siempre en su hosco y quizá inevitable silencio. Por las noches, no obstante, según contaba su familia, Ginés no paraba de gritar en sueños.

Los meses fueron pasando sin que volviera ningún otro y a los cuatro que faltaban se les terminó dando por muertos. Don Andrés, una de las pocas personas que había en el pueblo capaz de escribir con soltura y el único con cierta cultura, envió cartas al obispado de Sigüenza y también a las autoridades militares y civiles, pero no consiguió información alguna sobre el paradero de los ausentes o la suerte que pudieran haber corrido. Había habido tantas batallas, grandes y pequeñas, tantas emboscadas y escaramuzas por todo el país, y habían sido tan numerosos los muertos sin nombre en cada una de ellas, que era imposible saber en qué fosas comunes de qué cementerios reposarían aquellos desdichados, si es que habían tenido la suerte de ser llevados a alguno en lugar de pudrirse a la intemperie. El sacerdote consoló a las familias lo mejor que pudo, diciéndoles que sus seres queridos habían perdido la vida cumpliendo con su deber y que ahora estarían sin duda ocupando puestos de honor en el Cielo.

Sin embargo, cuando ya nadie lo esperaba, aún retornó otro. Sucedió en la víspera del Día de Todos los Santos de ese año de 1814, a media tarde. El último superviviente rebollosano de la guerra subió arrastrando los pies por la calleja, como un fantasma entre las hojas caídas, reduciendo a tres la cuenta de los desaparecidos. Se llamaba Jeremías, aunque nadie lo reconoció hasta que lo vieron plantarse ante la puerta de la que había sido su casa, y algunos ni siquiera entonces.

Barbudo, demacrado, con el pelo revuelto y salpicado de mechones blancos, con la piel agrietada y quemada por el sol y las harapientas ropas cubiertas de suciedad, apenas parecía la sombra de aquel a quien habían visto marchar hacia algo más de seis años. En la minúscula plaza del pueblo apenas había niños jugando, pues no eran muchos los que habían nacido durante la guerra y menos aún los que habían sobrevivido a las hambrunas y al frío, pero los pocos que se encontraban allí se apartaron corriendo del desconocido, asustados por su sombrío aspecto. En un rincón en el que todavía daba el sol se hallaba sentado el cojo Ginés, quien se quedó

mirando al recién llegado con una expresión extraña e indescifrable, mudo como de costumbre. El resto de los presentes eran ancianos apartados ya del trabajo, que pasaban la tarde hablando del tiempo y comentando viejas historias, discutiendo por detalles nimios y olvidándolos poco después. Todos ellos callaron cuando vieron llegar al hombre barbudo, dándose codazos al comprobar que aflojaba el paso y se detenía ante una de las casas que daban a la plaza, atentos a aquella novedad que rompía su rutina de todos los días. Algunos de esos ancianos contaron después, a todo el que quiso escucharles, que el hombre se quedó allí quieto un momento contemplando, como si fuera la primera vez que las viera, a las rústicas fachadas levantadas con piedra, adobe, madera y barro, apoyadas las unas sobre las otras de forma que si una estaba torcida también lo estaba la siguiente, con sus puertas anchas y bajas y sus ventanas estrechas, cerradas la mayoría a esa hora de la tarde. A continuación alzó la mirada hacia los oscuros tejados de tejas curvas e irregulares, entremetidas de barro y paja para que no se colara la lluvia por los huecos, y hacia las copas de los altos robles que asomaban más allá, conocidos en la región como rebollos y muy abundantes en los márgenes del río Pedro. Esos árboles y ese río eran los que daban su nombre al pueblo.

El misterioso visitante reparó luego en la presencia de los ancianos, que lo observaban expectantes, y también a ellos se los quedó mirando como si le sorprendieran sus rostros enjutos cargados de arrugas, sus oscuras vestimentas tan propias de aquellas tierras, en las que la camisa blanca que asomaba bajo el chaleco y el pañuelo que algunos llevaban anudado a la cabeza constituían las únicas notas de color, y las abarcas de cuero atadas a los tobillos que todos ellos calzaban. Al otro lado de la plaza, calle arriba, vio a una mujer de mediana edad conduciendo a un par de vacas pardas a través del portón de una cuadra. La mujer, que iba ataviada con la típica saya negra y ancha que le llegaba hasta las pantorrillas, delantal de color incierto atado a la cintura, camisa de lienzo y pañuelo al cuello, y calzada

con abarcas similares a las de los hombres sobre sus medias de lana, pasó a la cuadra detrás de sus vacas no sin antes dirigir una mirada curiosa, aunque no exenta de prevención, hacia el andrajoso forastero que la observaba.

El hombre volvió la vista de nuevo hacia los ancianos y los saludó con la mano, esbozando una brevísima sonrisa con sus labios agrietados. Fue entonces, únicamente entonces, cuando uno o dos de ellos se dieron cuenta, momentáneamente mudos por la sorpresa, de quién era aquel ser que ahora llamaba con los nudillos a la puerta frente a la cual se había detenido. Su expresión se había vuelto casi risueña bajo la suciedad y las greñas, pero fue sólo por un instante. Al ver abrirse la puerta y encontrarse ante sí a alguien que para él era un completo extraño, la sonrisa se desvaneció y se le oscureció el semblante. Sus primeras palabras, dichas con la voz baja y rasposa de aquel que lleva días o incluso semanas sin hablar con nadie, fueron para preguntarle a quien le abría que quién era.

— Eso debería preguntarlo yo —respondió desconfiado el de dentro, sin saber muy bien a qué atenerse a la vista de aquel desarrapado sujeto.

— No si está usted en mi casa.

— ¿Su casa? —repitió sorprendido el otro—. Esta casa es mía, que mis buenos reales pagué por ella.

— ¿Y a quién se los pagó, si puede saberse?

— A la señora Fernanda, que era quien aquí vivía — contestó el de la casa retrocediendo un paso hacia el interior, vacilando ante la mirada repentinamente furiosa del visitante, en la que brillaba un atisbo de locura, y el tono amenazador con el que había formulado su pregunta. Ya echaba la mano con disimulo hacia el garrote que había dejado apoyado junto a la puerta, cuando vio acercarse a uno de los ancianos que habían presenciado la escena.

— ¿Jeremías? ¿Realmente eres tú? ¡Por muerto te teníamos, Virgen Santa! ¿Por qué me miras así, acaso no me recuerdas? Pero si soy el Genaro, que he sido vecino

tuyo toda la vida. ¡Pobre muchacho, lo que habrás pasado!

— ¿Conoce a este hombre, señor Genaro?

— Ay, Señor, pues claro que lo conozco, es el Jeremías, el hijo mayor del Fulgencio, que en paz descansa, y de la Fernanda.

— ¿Acaso ha muerto mi padre? —preguntó Jeremías inseguro.

— Lo bruto que llegaré a ser, cómo ibas tú a saberlo. Ven, ven conmigo, pasa a casa, siéntate y come un poco, que yo te lo iré contando todo. Mis hijos y mis nueras no están ahora, ¿te acuerdas del Gervasio y del Felipe? Están todos en el campo, liados todavía con la siembra, no llegarán hasta la noche. A mis nietos los has visto en la plaza... Pero pasa, hombre, no te quedes en la puerta. ¡Maríaaaa, corre, ven, que ha vuelto el Jeremías!

Jeremías entró en pos del viejo Genaro, airado a la vez que confundido por cuanto estaba sucediendo, por ese recibimiento que en nada se parecía al que había soñado y por la desagradable sensación de que la vida estaba a punto de golpearle con un nuevo revés. Mientras intentaba asimilar la noticia de que al parecer había perdido a su padre, preguntándose dónde estarían su madre y su hermana Ernestina y si sería verdad que habían vendido la casa a ese forastero, el joven sentía cómo empezaban a abandonarle sus pocas fuerzas, aunque estaba decidido a aguantar en pie hasta conocer la respuesta a todas aquellas cuestiones. Tras él siguieron tres de los ancianos que acompañaban a Genaro, uno tras otro por la puerta abierta, no queriendo perderse el singular acontecimiento. Los demás, y también todos los niños, se alejaron para contarle en sus casas y de paso a todo aquel que se encontraran en el camino, por lo que al poco rato no hubo un alma en el pueblo que no supiera del retorno de Jeremías. Los que estaban fuera, en los campos o en los montes, se enteraron por las campanas, las cuales no esperaban oír hasta la medianoche, cuando repicasen llamando a oración por los muertos.

— ¡Gracias, Señor, gracias! —repetía alborozado don Andrés en lo alto del campanario, mientras tiraba una

y otra vez de la sogá con considerable energía ignorando alegremente las molestias que le causaba su artrosis. Demasiadas veces había tenido que tocar a difuntos en los tres lustros largos que llevaba como párroco de Rebollosa, sobre todo durante los años de la guerra, como para privarse del gozo de hacer sonar las campanas así, con júbilo, cada vez que Dios le daba una buena razón para ello. Sin embargo, a pesar de la felicidad que le causaba el retorno de aquel joven feligrés al que todos habían dado por perdido, el sacerdote era muy consciente de que la vuelta no iba a ser tan dichosa para el propio muchacho. ¿Cómo se tomaría, cuando se lo contasen, todo lo que había acontecido con su familia? Ese pensamiento enturbiaba un tanto su ánimo pero, al mismo tiempo, don Andrés se decía que con buena voluntad todo se arregla. Si el Señor había tenido a bien conservarle al chico la vida y guiarlo otra vez hasta el pueblo, no debía faltar allí quien le ayudase a rehacerse y a empezar de nuevo, empezando por él mismo, que pondría en ello todo su empeño.

— Dios proveerá —sentenció.

El bienintencionado párroco ignoraba aún hasta qué punto aquel regreso no iba a ser un suceso afortunado, sino más bien el comienzo de muchas desdichas.

Acababa la tarde cuando don Andrés salió de la iglesia y se dirigió a casa de Genaro y María, donde al parecer todavía se encontraba Jeremías. Este hecho lo confirmaba la multitud —si de multitudes podía hablarse en aquel pueblo tan pequeño— de curiosos que se iban arracimando en torno a la puerta a medida que iban regresando del campo, algunos sujetando aún la mula o el borrico, intentando enterarse de algo de lo que estaba sucediendo dentro. El cura se abrió paso entre ellos, saludando cordial a unos y a otros, pero no dudando en emplear los codos para hacerse sitio y colarse hasta la puerta.

— A ver, que paso, que paaaso. Dejadme que vea a este hijo pródigo que vuelve...

El párroco dejó la frase a medias al escuchar el tumulto que venía del interior de la vivienda, al otro lado del espacio ocupado por la cuadra, en donde echó en falta a las mulas de Gervasio y Felipe. Los hijos de Genaro y María no debían haber vuelto aún a casa.

— ¡Esto no va a quedar así! —gritó una voz joven pero desgarrada, perteneciente sin duda a Jeremías, a la que acompañó el ruido de platos que caían al suelo y el maullido de un gato que corría a ponerse a salvo. Fue entonces cuando don Andrés lo vio aparecer, con su aspecto famélico pero no obstante feroz, la mandíbula apretada y los ojos como ascuas. Una gallina que se había salido del gallinero tuvo la mala fortuna de cruzarse con él y recibió una patada que si no la mató la debió dejar bien maltrecha, pues la desventurada ave no se movió del lugar en el que había caído. Don Andrés parpadeó, sorprendido por la inusitada crueldad del gesto de Jeremías, quien se detuvo al llegar frente al cura y plantó su rostro a un palmo escaso del suyo.

— ¿Dónde estaba usted, padre? —le espetó— ¿Por qué no hizo nada para evitar esta vergüenza?

— Pero hijo... —empezó a contestar don Andrés levantando las manos frente a sí, no tanto para apaciguar al joven como para protegerse instintivamente del golpe que por un momento temió recibir.

— ¡Yo no soy su hijo, maldita sea! ¡Y quítese de en medio y déjeme salir, o juro por Dios que ni la sotana le salva de que lo aparte a porrazos!

Tanta furia y tanto odio había en el joven que el sacerdote hizo lo que se le decía y apretó el cuerpo contra la puerta abierta, aún habiendo anchura de sobra, para dejarle pasar. Jeremías abandonó la casa a empujones, poniendo en ello mucha mayor violencia que la que el párroco había ejercido para entrar. Todo el mundo se apresuró a retirarse de su camino, realmente daba miedo mirarle a la cara. Atrás quedó don Andrés, paralizado durante unos instantes preciosos, sin saber qué decirle al joven para calmarle y cuestionándose si debía ser él quien

lo intentara. En los días posteriores, y sobre todo por las noches, tendría tiempo y ocasión de arrepentirse más de una vez por haber vacilado, por haber pecado de inacción, pues quién mejor que un sacerdote para ofrecer consuelo a alguien que tanto lo precisaba. Mas en ese momento se arredró, no fue capaz de encontrar las palabras oportunas ni tampoco el valor para sujetar al airado joven y decírselas. Si se hubiera atrevido, aún a riesgo de llevarse un empujón, quizá Jeremías le hubiese escuchado, o quizá al menos se hubiese desahogado con él y con ello su furia habría perdido impulso. Sin embargo, por más que luego lo sintiese, don Andrés no se decidió a actuar cuando pudo haberlo hecho.

En la calle, al tiempo que se agotaban las últimas luces del día, comenzaba a levantarse un viento frío y desagradable que parecía querer recordarles a todos que ya llegaba noviembre. Jeremías, con la mirada fija al frente y los puños cerrados a los costados, apretó el paso pueblo arriba y pronto se perdió por el camino que llevaba a la Sierra Pela. Nadie se aventuró a hablarle y mucho menos a seguirle, con la única excepción de un joven que sí que lo intentó, pero que no pudo alcanzarle debido a la cojera que padecía de nacimiento. Al darse cuenta de que se le escapaba lo llamó por su nombre, cuando ya era demasiado tarde. Si Jeremías hubiese llegado a oírle, si hubiera vuelto la cabeza y visto a su querido amigo Juan, al que todos llamaban el Cojo hasta que hubo otro en el pueblo —el desdichado Ginés— más cojo que él, quizá habría refrenado el paso, habría dejado que Juan se le acercase y quizá, quién sabe, todo habría discurrido de otro modo. Jamás se sabría, puesto que Jeremías no le oyó.

La tercera y última persona que podría haberle hecho detenerse era una mujer, una joven llamada Clara. Antes de irse a la guerra, Juan le había prometido que se casaría con ella a su regreso, sin poder imaginar el tiempo que habría de pasar antes de que volviera a pisar Rebollosa ni las circunstancias en que lo haría. Pero Clara estaba en su casa, muy ocupada elaborando junto a su madre los quesos que posteriormente su padre iría a

vender al mercado de Ayllón, los cuales constituían una parte importante de su sustento. Por ello, aunque sí que se había enterado de que Jeremías estaba en el pueblo, no llegó a verlo en ningún momento. Si se hubiera asomado, si lo hubiera visto pasar por delante de su puerta y le hubiese llamado, la historia podría haber sido muy distinta, no necesariamente feliz, pero sin duda diferente. Mas Clara no vio pasar a Jeremías.

Nadie pudo impedir por tanto lo que había de suceder en esa Noche de Difuntos, en Sierra Pela. Jeremías se alejó por el camino de la sierra hasta que su silueta se confundió con la oscuridad, y el destino, tan caprichoso como en esa ocasión malvado, siguió su terrible curso.

CAPÍTULO II



Noche de Difuntos

Mientras tanto, calle abajo, don Andrés entraba en el pequeño comedor de casa de Genaro y María con gesto turbado y moviendo la cabeza de un lado a otro, como si quisiera negar el instante de impotencia e incluso de miedo por el que acababa de pasar. Genaro, con el semblante pálido y descompuesto, permanecía aún sentado en una de las cuatro sillas que rodeaban la mesa camilla. Las manos del anciano temblaban a ambos lados del plato de sopa de pan duro y cebolla, cuyo contenido se había derramado casi por entero sobre el remendado mantel. El plato que le habían ofrecido a Jeremías se había estampado contra el suelo, lo mismo que el de María, al menos un par de jarras y el cucharón con el que se habían servido. La pobre mujer, de rodillas sobre el suelo de tablas de madera, se afanaba en recoger el estropicio que había causado el joven al levantarse con tanta brusquedad de la mesa, murmurando por lo bajo algo que tanto podía ser un Ave María como un lamento por la pérdida que suponían esos pocos platos rotos. Don Andrés sabía que en casa de Genaro y María, como en casi todas, los platos eran un bien preciado que formaba parte del ajuar que pasaba de madres a hijas y que, para evitar precisamente lo que acababa de suceder, se empleaban sólo en ocasiones muy especiales. Cualquier

otra noche la pareja de ancianos y sus hijos habrían usado cuencos o escudillas de barro cocido o incluso comido directamente del puchero, pero probablemente habían querido agasajar a Jeremías con el servicio ya que no podían hacerlo con la calidad de la cena.

Los tres amigos de Genaro que se habían colado hasta el comedor del matrimonio seguían allí, cuchicheando entre sí mientras le pasaban a María algunos de los trozos de loza que habían ido a parar entre sus pies, pero se callaron al ver entrar al sacerdote.

— Contadme lo que ha pasado.

El pobre Genaro había quedado tan afectado que apenas podía hablar. María, por su parte, intentó contestar, pero enseguida se le saltaron las lágrimas, por lo que prefirió callar y seguir limpiando. Fueron por tanto los otros vecinos quienes, entre los tres, le narraron a don Andrés lo que había sucedido.

Lo poco que había explicado Jeremías, y esto sólo ante la insistencia de todos, era que los franceses le habían capturado cerca de Vitoria, poco antes de que ingleses y españoles tomaran la ciudad en junio de 1813. Cuando los franceses salieron huyendo hacia la frontera escoltando al rey José, el siempre despreciado usurpador a quien su hermano Napoleón había sentado en el trono, se llevaron consigo a parte de los prisioneros que en esos momentos tenían en su poder, entre otras cosas por si eran interceptados y se veían en la necesidad de usarlos como moneda de cambio para negociar la libertad o la vida del depuesto monarca. Jeremías acabó dando con sus huesos en Francia, en un lugar de incierto nombre en el que se hacinaban miles de presos de una docena de nacionalidades distintas. Allí había sufrido mil penalidades hasta que, al fin, tras la derrota y abdicación de Bonaparte, había sido puesto en libertad junto con otros compañeros. Tras casi un año de cautiverio, no obstante, Jeremías se encontraba muy mermado de salud. Así sucedió que cayó enfermo por el camino y aún hubiera muerto de no ser por unos monjes, quienes lo habían recogido y habían cuidado de él durante meses hasta que de nuevo se sintió con fuerzas para proseguir la marcha.

Tras este breve relato, Jeremías, impaciente, había exigido saber qué había pasado con su familia, con su casa y con todo lo demás. Y Genaro se lo había contado.

Don Andrés conocía perfectamente la historia, una lamentable sucesión de calamidades que, por desgracia, no era la única que había tenido lugar en el pueblo durante aquellos años tan aciagos, aunque sí que era una de las más tristes. Corría el mes de abril de 1812 y debía ser ya, por lo menos, la séptima o la octava vez que los franceses pasaban por el pueblo para llevarse parte del ganado y de las cosechas. Por aquellos días estaban muy inquietos a causa de la guerrilla del cura Merino, que los estaba acosando por todo el norte de Castilla causándoles grandes bajas. Acababa de saberse que el famoso caudillo guerrillero había ejecutado a más de un centenar de prisioneros galos en represalia por el ahorcamiento en Soria, el día 2 de ese mismo mes, de los miembros de la Junta de Burgos que los franceses habían capturado en marzo, en el cercano pueblo de Grado del Pico. Por esta razón las tropas imperiales andaban especialmente recelosas, comportándose con extrema dureza ante el menor atisbo de resistencia. No tuvieron pues miramientos cuando Fulgencio, el padre de Jeremías, decidió negarse a contribuir por las buenas. Por aquel entonces apenas le quedarían una cuarta parte de las ovejas que había tenido al principio de la guerra, pero ese día Fulgencio se plantó y dijo que no estaba dispuesto a dar ni una más. Un culatazo de mosquetón en plena frente acabó con su corta rebelión y, cuando se encontraba ya inconsciente e indefenso en el suelo, todavía lo patearon varios de los soldados hasta dejarlo muy malherido. No teniendo bastante con eso, a continuación los franceses decidieron cobrarse en él todo el tributo que habían venido a buscar. Se llevaron todos sus animales, pues ni las gallinas le dejaron, y también todo el grano que tenía almacenado, ante el silencio del resto de sus paisanos que vieron salvarse sus bienes al menos por esa ocasión. A punto estuvieron de quemarle también la casa, pero Fernanda, la esposa de Fulgencio, se encerró dentro con su hija pequeña y, gracias a Dios,

al oficial francés que estaba al mando le faltó estómago como para ordenar que las asasen vivas a ambas. En lugar de eso, para general escarmiento de aquellos que en el futuro pudieran también albergar el propósito de oponerse al ejército imperial, ordenó pegarle fuego a la Casa Común del pueblo, la cual quedó reducida a un montón de escombros calcinados que aún seguían ahí, inservibles salvo como mudo recordatorio de aquel penoso día.

No se sabía si había sido a causa de los muchos golpes recibidos, por la angustia de verse despojado de casi todo cuanto disponía para garantizar la subsistencia de su familia, o por ambas cosas a un tiempo, el caso es que el desdichado Fulgencio quedó postrado en cama y no se volvió a levantar. Murió a las pocas semanas. Después, los vecinos auxiliaron en algo a Fernanda y a la pequeña Ernestina, pero era mucha la hambruna, pocos los recursos y menos aún las esperanzas de que la cosa no fuera a ir a peor. Nadie pudo o quiso darles una oveja, un cordero o ni siquiera una gallina, como mucho un poco de leche y un trozo de pan, o unos huevos de cuando en cuando. Por otro lado Fernanda apenas encontró ayuda con los campos, pues bastante tenían los demás con intentar sacar adelante los suyos y dar de comer a sus propias familias, por lo que a pesar de sus esfuerzos la siguiente cosecha fue muy, muy escasa. La poco que sacaba de la tierra y la limitada caridad que recibía apenas bastaban para mitigar el hambre, así que la madre de Jeremías no tuvo más remedio que ir deshaciéndose, una tras otra, de las parcelas de terreno que entre su marido y ella habían juntado al casarse, cambiándolas por lo más imprescindible. Finalmente no le quedó otra salida que vender la casa misma al único comprador que encontró, el ayudante del herrero de Licerias, de nombre Damián. Este Damián, el mismo que le había abierto la puerta a Jeremías, era primo lejano de Torcuato, el alcalde. Había sido éste, a sabiendas de que su pariente buscaba casa con cuadra —para poner allí su propia herrería— en algún pueblo de la comarca, quien le

había avisado y se había encargado de facilitar la transacción.

Tras la venta, madre e hija se mudaron a una vieja majada que aún conservaban. De no haberla quemado los franceses podrían haberse cobijado en la Casa Común, tradicional refugio para los más desamparados, pero por desgracia esa opción ya no existía. La majada, fría y destartalada, apenas cuatro paredes y un tejado por el que siempre se filtraba la lluvia, no era lugar en el que criar a una criatura, a pesar de los esfuerzos que hizo su madre por adecentar tan mísera morada. El pasado invierno, no mucho antes del final de la guerra, Ernestina fue víctima de unas fiebres terribles y nada se pudo hacer por la pobre chiquilla, que aún no había cumplido los ocho años cuando se la llevó el Señor. La desdichada Fernanda aún aguantó algún tiempo, cada día más marchita, esperando el retorno de su hijo, pero cuando se convenció de que no había esperanza de que éste regresara con vida metió sus cuatro cosas en un hatillo y se marchó, nadie sabía a dónde.

María le había dicho a Jeremías que, en su opinión, era probable que su madre hubiese ingresado en algún convento, pues ése era el único sitio que le quedaba a una mujer sola, y que a lo mejor podía encontrarla si la buscaba, pero el joven ya no había querido escuchar nada más. Preso de una tremenda ira, a grandes voces les había acusado a todos de haber dejado morir a su padre y a su hermana, de haber abusado de la necesidad de su madre y de haberle dejado a él sin familia y sin hacienda. Entonces se había marchado, no sin antes proferir terribles amenazas contra el pueblo entero y contra el extraño que ahora vivía en su casa.

— Siento que hayáis tenido que pasar este mal rato —le dijo don Andrés a Genaro y a María, que acababa de sentarse por fin junto a su marido—. Tendría que haberme acercado nada más enterarme de...

— Padre, Madre, ¿estáis bien? —preguntó desde el pasillo una voz varonil, momentos antes de que su propietario asomara por la puerta de la sala seguido por otro hombre y por dos mujeres, todos con las ropas

manchadas de tierra y los rostros aún sudorosos tras la dura jornada de trabajo en el campo.

— ¡Hijos, qué bien que estéis ya de vuelta! — exclamó María aliviada.

— Buenas tardes, Gervasio. Buenas tardes también a vosotros, Felipe, Josefa, Manolita.

— Buenas tardes, don Andrés —respondieron los recién llegados. El mayor de los hermanos miró al cura y al resto de congregados con expresión de desconcierto—. Al llegar y ver a tanta gente ahí fuera nos hemos asustado.

— No pasa nada, no te preocupes, ya os contarán tus padres. Genaro, María, os dejo en buenas manos, ¿verdad? Yo me marcho ya. Y los demás iros también, cada uno a vuestra casa. No olvidéis rezar vuestras oraciones por los difuntos y encender velas por ellos antes de la medianoche, ¿eh?

— Vaya usted con Dios, padre —dijo Genaro, mucho más tranquilo ahora que estaban allí sus hijos.

Don Andrés se despidió y regresó a la iglesia. Allí se entretuvo el tiempo justo para recoger un farol. Con él en la mano volvió a salir y subió andando hasta las eras para ver si veía venir a Jeremías. El joven seguramente se había ido a caminar un rato, a desfogar su enojo mientras pensaba en lo que iba a hacer a partir de entonces. Tarde o temprano tendría que regresar, no iba a pasarse la noche en la sierra, y don Andrés quería estar allí cuando volviera para calmarle, si es que aún no había pasado su furia, y para ofrecerle cobijo en la iglesia. Al cabo de un rato se le unió Torcuato, el alcalde, a quien ya habían puesto al corriente de lo sucedido, y ambos conversaron a la luz del farol sobre lo que podía hacerse por Jeremías. El pueblo aún no se había recuperado del todo de las consecuencias de la guerra, por lo que se seguía viviendo con escasez y con muchas penurias, pero Jeremías podía quedarse en la majada que había dejado su madre y ganarse el pan ayudando a los demás en sus trabajos. Torcuato decía que lo que la madre no había conseguido, por tener que cuidar de la hija y por falta de fuerzas, seguro que podría hacerlo el hijo. Don Andrés

asentía y respondía que sí, que Dios ayudaría sin duda al muchacho después de todos los infortunios que había tenido que soportar.

Pero la luz del farol se agotaba y Jeremías no volvía. El cielo se cubrió de nubes hasta borrarse todo rastro de estrellas y cada vez eran mayores el frío y la fuerza del viento, que doblaba las ramas de robles y chopos y levantaba la tierra del camino, obligando a los que allí se encontraban a protegerse los ojos para no quedar cegados. Los hijos mayores de Torcuato, Eusebio y José, dos jóvenes de dieciséis y diecisiete años de edad, vinieron a buscar a su padre, enviados sin duda por Julia, su madre, al ver que el cabeza de familia se retrasaba en volver a casa. Torcuato les hizo un gesto con la mano indicando que esperasen, que no tardaría en acompañarlos, a lo que los chicos asintieron. El cura los escuchaba intercambiar susurros a su espalda, pero si algo le había dado Dios era buen oído, así que a pesar del viento podía entender la mayor parte de lo que decían.

— Mira tú que subirse solo a la sierra en la Noche de Difuntos. Yo no iba ni aunque me pagaran por ello.

— ¡Quia, ni yo tampoco! Menuda novecita la que se está preparando, con este vendaval. Ésta es de las que les gustan a los espectros para salir de correría.

— Calla, calla, que espanto me da sólo de pensarlo. ¿Tú crees que es casualidad que el Jeremías haya aparecido precisamente hoy? Seguro que los fantasmas de su padre y de su hermana encabezan hoy la procesión de las ánimas.

— Seguro. Cualquiera duerme hoy en su antigua casa. Más les vale al Damián y a la Feliciano llenarse bien la habitación de ajos y tapar las cerraduras, por lo que pueda pasar.

— ¿Queréis callaros los dos y dejar de decir majaderías? —estalló Torcuato, que también los estaba oyendo a medias—. Anda, anda, tirad para casa y decidle a vuestra madre que ahora voy yo también. Disculpe usted a estos mostrencos, don Andrés.

— No te preocupes, hijo —contestó el cura sonriendo comprensivo—, es difícil acabar con las viejas

supersticiones. Aún llevo en la memoria a mi pobre madre, que Dios la tenga en Su Gloria, que en esta víspera no barría para no estorbar a las ánimas que pudiera haber en la casa.

Torcuato le devolvió la sonrisa. — Mi mujer tampoco pasa hoy la escoba por lo mismo, ni deja que lo hagan mis hijas.

Don Andrés asintió acordándose de la anciana María, a la que tampoco había visto usar otra herramienta que no fueran sus propias manos para recoger los trozos de los platos que había roto Jeremías. Tras unos instantes de silencio, el cura se volvió hacia el alcalde y le miró directamente a los ojos. — ¿Y tú no le tienes miedo a las ánimas, hijo?

— Miedo no, padre —contestó Torcuato incómodo—, pero sí algo de respeto.

— Ya. Y si fuera uno de tus hijos el que estuviera en el monte, ¿subirías a buscarlo?

El alcalde dio un respingo y respondió de forma evasiva. — Ya los ha oído usted, ellos no subirían a la sierra esta noche por nada en el mundo.

Don Andrés se encogió de hombros y volvió a mirar hacia el camino con el ceño fruncido, envolviéndose más en el capote y sujetando el casi extinguido farol con las dos manos.

— Mire, sé lo que está pensando —rezongó Torcuato—, pero haría falta que subiera medio pueblo antorcha en mano para encontrar a alguien ahí arriba en la oscuridad, eso si se deja encontrar, y no hace falta que le diga que a pocos iba a convencer usted para esa empresa. Yo creo que aquí ya no podemos hacer nada ni usted ni yo. Cuando el chico se haya desfogado, o cuando se harte de pasar frío, volverá a bajar para el pueblo.

— Supongo que así será. Dejaré sin echar la tranca en la puerta de la iglesia, para que pueda entrar allí a pasar la noche.

— Me parece buena idea. Venga, no tarde mucho en meterse también usted para adentro, ¿de acuerdo? — El alcalde se despidió dándole a don Andrés una amistosa palmada en el hombro y se fue a su casa con los suyos.

Don Andrés aguantó unos minutos más hasta que por fin se le apagó el farol y ya no pudo ver nada más allá de dos pasos. Preocupado, pero al mismo tiempo convencido de que el razonamiento de Torcuato era acertado, se volvió a la iglesia y se sentó un rato frente al altar, donde no faltaba la iluminación gracias a los cirios encendidos que los feligreses habían ido dejando a lo largo de la tarde. Allí rezó, como era su cometido, por todos los difuntos, pero oró sobre todo por Jeremías y por su familia. Era comprensible que el chico hubiera reaccionado como lo había hecho. Seguramente, imaginaba don Andrés, durante sus duros años como soldado primero y como prisionero después, Jeremías se habría consolado pensando en el pueblo, en cómo sería volver, reencontrarse con su familia y recuperar la vida que había dejado allí. En salir de nuevo al campo con las ovejas de su padre y trabajar las tierras a su lado. En labrarse un futuro y tener su propia familia algún día, como habían hecho siempre los jóvenes desde que el mundo es mundo. Pobrecillo, se repetía a sí mismo el párroco, pobrecillo. Regresar al fin y ver que todo aquello con lo que soñaba le había sido arrebatado tenía que haber sido un golpe durísimo. Don Andrés le pidió a Dios que no le tuviera en cuenta al joven nada de lo que hubiera podido decir o pensar mientras estaba poseído por la rabia, así como que cuidara de él aquella noche y le ayudara a salir adelante a partir del nuevo día, prometiéndole al Señor hacer por su parte cuanto estuviera en su mano para que así fuera.

Pero al hacer esa promesa don Andrés no pudo reprimir un pensamiento culpable, el mismo que quizá también atormentaba a otros esa noche en el pueblo: a la familia de Jeremías no la habían ayudado lo suficiente. Por muy mal que estuvieran las cosas, que cierto era que lo estaban, siempre se podía haber hecho algo más. Al volver la vista atrás don Andrés no se sintió mejor cristiano de lo que habían sido sus feligreses. Tampoco él había renunciado a nada que no le sobrara.

Estas sombrías reflexiones ocupaban aún la mente del sacerdote cuando, al llegar la medianoche, hizo sonar

las campanas de la iglesia por segunda vez aquel día, pero no con el repicar alegre de por la tarde, sino con el ritmo lento y lúgubre del toque de difuntos.

Al escuchar esas campanadas desde sus casas la gente se santiguaba y se arrodillaba para rezar un último Padrenuestro, mirando de reojo las velas encendidas. Si alguna se apagaba sola, sin que nadie la soplase, significaría que la persona por la que la habían encendido acababa de dejar el Purgatorio para dirigirse al Cielo. Después cada cual se fue retirando a su lecho, mas pocos fueron los que consiguieron conciliar el sueño con independencia de lo tranquila o no que tuviesen su conciencia.

Durante toda la madrugada el viento no paró de aullar, colándose por todos los recovecos y llenando el pueblo de sonidos lastimeros que asemejaban voces de ultratumba. Las casas crujían y chirriaban de tal manera que casi parecía que estuviesen vivas, que se quejaban como si algo les doliese por dentro. Las ovejas balaban inquietas en las majadas y en las cuadras se agitaban insomnes gallinas, cerdos, vacas y bestias de trabajo. Algún perro hubo que no paró de ladrar hasta el alba, sin que hubiera forma de hacerlo callar. Ni siquiera los gatos, ya de por sí desconfiados — no pocos habían acabado en el interior de un puchero en los últimos tiempos —, osaron aventurarse a caminar por la calle mientras duró la oscuridad. Ya con la luz del día, los más supersticiosos comentarían entre susurros, comprobando antes que no anduviera cerca el párroco, que jamás habían pasado tanto miedo en una Noche de Difuntos. Que había en el aire algo sobrenatural, algo que los seres humanos apenas alcanzaban a percibir, pero que había llenado de pánico a los animales. Que se habían oído pasos y cadenas arrastrándose por el suelo, así como puertas abriéndose sin que nadie las empujara. Que las ánimas de los muertos habían vagado sin duda por el pueblo llamando a todas las puertas y espiando a los vivos por las cerraduras. Que, aunque no sabían qué, algo muy malo había tenido que pasar.

Y en eso último no les faltaba razón.